

«Educación y Violencia» Escala de grises

Cecilia Lemus

Uno de los valores formales que determinan la calidad gráfica que se emplea en la gramática del discurso visual de una imagen fotográfica en blanco y negro es la escala de grises, la gama de tonos que van del negro al blanco. Así entonces, tratándose de luz, las posibilidades tonales se tornan infinitas. La escala de grises de la imagen fotográfica en blanco y negro se define en función de la cantidad de luz expuesta en una progresión que va del negro total al blanco total en ausencia de color. A esta tonalidad de grises también se le conoce como escala acromática. La escala de grises forma parte de algunos de los conceptos más importantes de la teoría del color. Hay dos maneras de medir la luz: puede ser en función de la reflexión o de acuerdo a la incidencia de luz en un cuerpo. De cualquier forma, los resultados dependerán de la superficie reflectante o



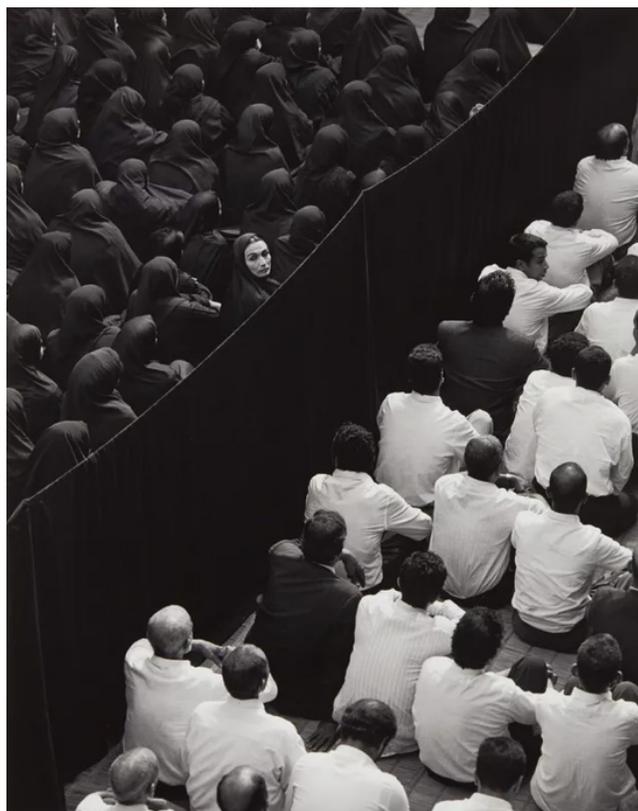
Shirin Neshat,
Sin título (serie
Extasis), 1999.
Plata sobre
gelatina.

iluminada, de la calidad matérica de los cuerpos que entran en contacto con la luz y la ubicación de estos en el espacio. Una fotografía que posee un espectro tonal amplio en la escala del negro al blanco suele ofrecer al ojo un sinfín de conceptos y sensaciones que certifican la riqueza formal de la imagen, ejemplo de ello es la obra de José Ortiz Echagüe, sobre todo esa serie sobre los penitentes, en particular la fotografía titulada *Penitentes de Cuenca*. Todas sus obras se componen con una escala de grises casi infinita y he ahí su belleza. Las ideas que se vertieron durante el Segundo Encuentro Internacional sobre Competencias Lingüística, Literaria y Digital «Educación y Violencia» parecen compartir con la fotografía en blanco y negro esa gama infinita de matices que dan cuenta de la diversidad de pensamiento, de la multiplicidad de posturas que existen ante la vida y las heteróclitas relaciones que los seres humanos mantenemos con nuestros semejantes. El Segundo Encuentro representó de principio a fin un ejercicio de toma de conciencia, una apertura incondicional a la reflexión sobre el propósito y el efecto de las relaciones entre literatura, lingüística y sociedad. De manera afortunada convergieron en las mesas y conferencias versiones de la vida muy distintas, pero reveladoras, cada estudio y cada aportación representó un nutriente invaluable en la construcción de un conocimiento comunitario que con base en el análisis crítico y argumentativo posibilitó el encuentro y el diálogo, consolidación de un intercambio de ideas que sin duda modifican nuestra perspectiva de las cosas.

El resultado de los tres días de trabajo es similar a una fotografía en blanco y negro, porque en ella cohabitaron diferentes tonos de voz con su respectiva visión del mundo contenida en el tema de educación y violencia. En la conferencia inaugural el doctor José Carlos Vilchis abordó el tema de la violencia, *ira regia* y educación cortesana, a partir de la lectura que hace del *Sendeban* o *El libro de los engaños y de los ensañamientos de las mujeres*, obra escrita a mediados del siglo XIII que compila cuentos procedentes de la tradición oriental. La disertación nos acercó a ese universo normativo que transitaba entre lo medieval y lo renacentista, en donde la obra establecía, de acuerdo a los principios culturales de la época, una pauta de comportamiento dirigida a los hombres y las mujeres de aquella sociedad. El doctor Vilchis citó algunas partes de la obra, para poner énfasis en los criterios medievales que circunscribían la mente y el cuerpo femenino. De no respetar aquellos criterios de conducta que el texto cita, sobrevenía y se imponía la *ira regia*... si pudiéramos de esto hacer una especie de ecuación algebraica, de esas que nos hacen pensar en miles de soluciones para obtener una calificación aprobatoria, acabaríamos formulando un patrón básico y recurrente: el sistema genera una norma, la justifican, se impone y de no cumplirse nos hemos de atener a la *ira regia*, hoy, mañana y siempre. Por fortuna, hay quienes en beneficio de nuestra integridad, a sabiendas de que habrá un castigo, desacatamos esos dictados, estamos conscientes de que en casos lamentables la desobediencia se paga con la vida... pero somos reacios a la mutilación simbólica. En estos cuentos se esboza lo esencial del sistema patriarcal con su ufana *ira regia*, se pinta un sistema en donde ellos siempre salen con las manos limpias y, en cambio, son los personajes femeninos quienes suelen cargar con el delito de algo... lo que sea para culparlas es bueno. La introducción que hizo el doctor José Carlos Vilchis fue gratificante porque tuvimos la experiencia de percibir una perspectiva masculina dispuesta a cuestionar los argumentos que durante miles de años han sostenido la estabilidad de un régimen falocéntrico que, en función de intereses de género, ha castigado, sometido y usado al grueso de la población femenina. Desde el título de la obra podemos intuir la fuerza de lo patriarcal, en donde se erige

una autoridad masculina prístina, poseedora de la verdad, que coloca a las mujeres en el ámbito de los engaños, justificando con su mal intencionado proceder el motivo por el cual conviene educarlas y enseñarlas a vivir con prudencia. ¿Qué pedagogía está en donde de antemano las mujeres estaban reprobadas por la *ira regia* y, sin opción a réplica, vivían eternamente descalificadas?

Enlazando esta conferencia con el presente, pienso de nuevo en la fotografía en blanco y negro, específicamente la obra de la artista iraní Shirin Neshat, cuyo trabajo se enmarca dentro de las prácticas artísticas feministas y poscoloniales que increpan este sistema «algebraico» en donde sabemos que la desobediencia no es bien recibida. En estas fotografías, en las que reluce con poder la escala de grises, vemos a un grupo de mujeres que, apartadas del grupo de hombres, llevan el chador y se muestran respetuosas ante aquello que representa el poder. En la primera fotografía una de las mujeres levanta la cabeza y observa; su postura crítica se hace evidente. En la segunda fotografía vemos a la mujer de pie, dando la espalda al espectador y todo aquello que representa la multitud. En la tercera imagen la mujer sale de ese contexto, reafirmando con el acto su libertad para elegir el rumbo que ha de seguir: costumbres, deseo, vocación, modales y lugar.



Shirin Neshat, *Multitud de espaldas, primer plano* (serie *Fervor*), 2000.
Plata sobre gelatina.



Shirin Neshat, serie
Fervor, 2000.
Plata sobre gelatina.



Shirin Neshat, *Mujer dejando la multitud*
(serie *Fervor*), 2000.
Impresión en gelatina
de plata.

Por supuesto, la lectura de estas fotografías puede tener un sinfín de interpretaciones, lo importante es que durante la exposición de ideas del Segundo Encuentro Internacional sobre Competencias Lingüística, Literaria y Digital «Educación y Violencia» la apreciación de estas imágenes se complejizó y se apartó del yugo del paradigma de la disyunción para admitir una lectura multidimensional de la escala de grises.

Después vino la conferencia magistral de la doctora María de Jesús Zamora Calvo, que narró los casos de mujeres que estuvieron expuestas al tribunal de la Inquisición, hechos que evidencian la tremenda crudeza y el desjuicio con el que fue tratada la mujer... casi perdemos el aliento. La doctora explicó lo relativo a la violencia misógina durante el Siglo de Oro español. En ese periodo de la historia, el sistema patriarcal justificó la violencia de género en la supuesta ligazón que existe entre la mujer y el demonio: ellas fueron vistas como receptáculo de todo aquello mágico y tenebroso que es propio de los personajes de la corte infernal. De acuerdo con la exposición de la doctora María de Jesús Zamora Calvo, el personaje de bruja, que de manera truculenta y provechosa se impuso a las mujeres, respaldó las acusaciones y los juicios que privaron de la vida a muchas de ellas. La violencia, al igual que hoy, se excusó en un catálogo de síntomas que levantaban sospecha sobre la calidad humana de las mujeres; prueba de ello es el *Malleus maleficarum*, obra escrita por monjes dominicos para legalizar los criterios de una caza de brujas sin precedente, una especie de vademécum en donde se registraba cualquier detalle insignificante del comportamiento femenino que despertaba suspicacias en la conciencia masculina, lo cual era seguido de un tormento del que no en muchas ocasiones salían vivas. Callar con la muerte a una mujer es en definitiva un acto inhumano. La sociedad de este siglo tiene el privilegio de recapitular sobre esa conducta que se ha sostenido sin pudor alguno; por otro lado, es verdaderamente trágico que hoy en día el odio a las mujeres se vea reflejado en prerrogativas que favorecen abiertamente a los hombres.

En el campo del arte esta situación es muy notoria; por ejemplo, en lo que sucede con los Creadores Eméritos del Sistema Nacional de Creadores de Arte (en el campo de la dramaturgia): son once hombres y tres mujeres, de esos once hombres seis de ellos no poseen una producción dramática que justifique tal reconocimiento ya que se han dedicado de lleno a otras disciplinas como la dirección escénica, la escenografía o la actuación, pero no a la dramaturgia. Entre los casos está Alejandro Luna, quien desde 2001 goza del reconocimiento por su producción como dramaturgo, aunque es arquitecto de profesión y ha dedicado toda su vida a la creación de escenografía teatral; una sola obra dramática de su autoría no existe ni publicada, ni en sus anaqueles imaginarios. Callar con la muerte no solamente sucede en lo concreto, también puede ser una acción simbólica en donde las mujeres, aunque vivas y produciendo obras de arte, somos marcadas con el sambenito y lanzadas a la fosa de la negación y el descrédito; nuestra ausencia en esos reconocimientos no solo es notoria, sino, por mucho, misógina y clasista.

La misoginia y el crimen no solo están en Oriente; es una condición mental, emocional y educativa que se expande de polo a polo y en todos los meridianos de nuestro mundo. Para ejemplificarlo me remito nuevamente a la obra de Shirin Neshat, desde *Fervor* hasta *La última palabra*. Luego de estas dos conferencias, hubo cierta tregua con el tema de la era digital, pero nuevamente el volcán hizo erupción con el discurso sobre la auditoría de género en el lenguaje. El cierre del encuentro, a cargo de la conciliadora y clarificadora conferencia del doctor Carlos Lomas, nos mostró otra visión de la realidad. Él reivindicó en todo momento el valor de la mujer, e hizo hincapié en lo nociva que es una sociedad en la que impera la violencia de género y la inequidad. Enfatizó que una posibilidad de cambio se encuentra en la escuela, en la educación de la paz, fomentando la equidad, la justicia, la cooperación, la defensa de la naturaleza y el derecho a la igualdad. El doctor Lomas hizo un recuento de las formas de discriminación por género,

sexo, clase social, orientación sexual o raza, y desarrolló una reflexión sobre las teorías de género y la masculinidad, ambas instituidas y fomentadas por el poder mismo. Como él lo ha dicho, el machismo y los efectos del sistema patriarcal son reversibles y en ello puede incidir de manera directa en la educación, la lingüística y la literatura: educar para la equidad. Ojalá, como lo dijo el doctor, estuviéramos en el otoño del patriarcado y la masculinidad hegemónica admita la participación equitativa de todos los sectores de la población, acogiendo en la imagen de nuestro mundo esa diversidad, esa escala de grises que no son sino el reflejo del cosmos.



Shirin Neshat, *The Last Word*, 2003.
Plata sobre gelatina.